
LAS ESTACIONES EN EL VALLE DE MEXICO.

A JUSTO SIERRA.

Pocos habrán de ser los lugares de la tierra que desde el punto de vista poético y pintoresco puedan superar en belleza al Valle de México: contribuyen á esto muy poderosamente los variados fenómenos que en él ofrecen las estaciones del año.

Aseguran algunos sabios europeos, que en las regiones intertropicales aquellas se reducen á dos: tiempo de sequía y tiempo de lluvias; mas en nuestro país no se corrobora este aserto. Verdad es que en aquellas regiones la variación del tiempo determina menos marcadamente el cambio de las estaciones que en las zonas templadas; pero esa mudanza se efectúa en el Valle de México, según lo comprueban las hermosas y frescas mañanas de su primavera, pródiga en exquisitas y variadas flores; los calurosos días de su lluvioso estío, rico en sazonados frutos; las tibias tardes del otoño con sus bellísimos celajes, y las frías noches de invierno con su diáfano y estrellado cielo.

Al declinar las horas avanzadas de la noche en la bella estación de primavera, la densa obscuridad que envuelve la superficie de la tierra se disipa poco á poco, y vanse descubriendo los objetos, á medida que la tenue luz crepuscular invade progresivamente las regiones occidentales. Propagándose los rayos del sol con un constante movimiento ondulatorio, causan reflexiones y refracciones sucesivas en la atmósfera y en las nubes, es-

parciendo la luz en todas direcciones y permitiéndonos distinguir aun los objetos que no están directamente iluminados por aquel astro. Si esa luz, que se conoce con el nombre de luz difusa ó derramada, no existiese, la sombra proyectada por una nube ó por cualquier objeto, engendraría la obscuridad de la noche; y no existiendo el crepúsculo, el sol se presentaría en el horizonte repentinamente y en todo su esplendor.

Los dulcísimos trinos del jilguero, el gorjeo de las demás aves, el armonioso sonido de las campanas que en las poblaciones anuncian la hora del alba, y el labrador que acude al campo con sus yuntas para dar principio á sus faenas, marcan los instantes en que los espléndidos rayos de la aurora, que preceden á la salida del sol, se difunden por el transparente fluído de la atmósfera. Antes de traspasar el sol el horizonte, la región oriental se colora sucesivamente con los brillantes tintes, rojo, naranjado, amarillo, verde y purpurino; el límite de la blanquecina luz crepuscular que en forma de arco se extiende por el espacio, va rápidamente avanzando hacia el cenit, al mismo tiempo que la parte superior del cielo que rodea este punto, adquiere progresivamente el matiz azulado más intenso.

La cresta de la cordillera oriental se dibuja y destaca sobre un fondo brillante de rosa y oro; las majestuosas cumbres nevadas del Popocatepetl é Iztaccihuatl, que se levantan como dos colosos para descubrir los primeros el orto del sol, é iluminados débilmente en su parte occidental por la luz difusa, aparecen cual si fueran formados de cristal de Bohemia. De vez en cuando una densa columna de humo, que se hace perceptible á los albores de la aurora, sale del cráter del Popocatepetl, demostrando la constante actividad de este volcán que conserva vestigios de tremendas erupciones.

Cuando el sol, trasponiendo el horizonte, sigue su marcha ascensional, presenta un bello espectáculo, en verdad muy difícil de describir. Su disco, de un color rojizo y aumentado aparentemente á causa de la refracción atmosférica, se presenta circundado de una aureola luminosa, y disminuye paulatinamente su

diámetro á medida que va elevándose. Sumergida en el horizonte la curva anticrepuscular, el Occidente adquiere la misma sucesión de tintas, y la parte superior del cielo se colora con un azul brillante, vivísimo.

Deliciosos se presentan desde ese momento los alrededores de la capital. Chapultepec con sus abundantes y lípidos manantiales, su pintoresca colina, su poético palacio y su frondoso bosque de *sabinos* seculares, de cuyos ramajes cuelga en madejas el heno ceniciento, como cabellera digna de su ancianidad; Tacubaya con sus palacios, sus parques y jardines; Mixcoac con sus amenos contornos y sus *callejones*, formados de árboles frutales; San Angel, Coyoacán y Tlálpam con sus arroyos cristalinos, sus huertas, sus campiñas y sus bellas cañadas cubiertas de plantas, de árboles y de trepadoras enredaderas.

En todos esos lugares se goza con la embriagadora frescura de la mañana, con la amenidad de los campos, con el ambiente embalsamado y con el aroma de las flores. Allí muestran su belleza los enjambres de mariposas de relucientes y pintadas alas, y los colibríes, esas preciosas avecillas que dotadas de una volubilidad extraordinaria, hienden el aire como exhalaciones, ó bien chupando el néctar de alguna flor, suspendidas en el espacio baten incesantemente sus alas y ostentan á los reflejos del sol el verde y nacarado esmalte de su plumaje.

Hacia el Sur de la capital, el suelo del Valle presenta un aspecto diferente del de los lugares que se acaban de mencionar. No se encuentran allí la camelia, el lirio, la rosa de Bengala ni otras flores exquisitas debidas al esmerado cultivo; pero crecen en las *chinampas*, en esas islas artificiales que han convertido los pantanos en amenos pensiles, la frondosa amapola, el purpurino clavel, la elegante dahalia, la perfumada violeta, y la fragante rosa de Castilla.

El canal que une los lagos de Xochimilco y Texcoco, se ve cubierto en los días de primavera de *canoas* cargadas de flores y verduras, que se dirigen á los mercados de México; y todo aquel que haya concurrido á los paseos cuaresmales de la *Viga*, recor-

dará siempre con agrado la animación que constantemente reina en ese lugar, en donde el pueblo encuentra uno de sus goces predilectos. Puede decirse que allí se verifica la fiesta de la Primavera y de las flores.

*

La duración del día artificial que llega á su maximum durante la época del solsticio de estío, y la acción directa de los rayos del sol en esta parte de la región intertropical, elevan la temperatura á 24 grados y aún más, convirtiendo en calurosos los días frescos y agradables de la estación florida.

La calina y las brumas, particularmente en las mañanas, empañan la atmósfera, y algunas veces su densidad llega á tal grado, que ofusca el hermoso conjunto y el relieve de las montañas que circundan el Valle, las cuales sólo aparecen como cubiertas con un diáfano velo.

El estío, en el Valle, así como las demás estaciones del año, tienen su atractivo particular.

Dilatadas desigualmente las capas atmosféricas por el fuerte calor de la superficie de la tierra, invierte el orden ó disposición de las que están en contacto con el suelo. Sabido es que gravitando las capas atmosféricas superiores sobre las inferiores, la densidad de éstas es mayor, y decrece progresivamente de la superficie hasta la última, la más ligera y sutil, que se llama *éter*. Contrariada esa ley general por la dilatación de las capas inferiores, la refracción de los rayos luminosos, ó sea la desviación que éstos sufren al atravesar de un medio á otro de desigual densidad, se efectúa de una manera contraria que en el caso en que las capas atmosféricas se hallan superpuestas en su orden normal, y entonces se produce el *espejismo*; ilusión óptica que nos hace percibir invertidos los objetos debajo del suelo ó en medio de la atmósfera.

En los terrenos llanos y resecos que se encuentran en la parte Norte del Valle, se ve con frecuencia extenderse la calina sobre

la superficie de la tierra, y retratarse inversamente, debajo de ella, las montañas con todos sus accidentes y detalles, cual si fuesen reproducidas por el límpido espejo de las aguas.

La ilusión del espejismo es aun más interesante, más admirable en el lago de Texcoco, aun cuando tal fenómeno sea menos frecuente en él. Desde las orillas del lago puede contemplarse su extensión y la tranquilidad de sus aguas en los días serenos. Las pequeñas y defectuosas embarcaciones, cuyas formas no han variado desde la época de la conquista, se ven cruzar el lago cargadas de granos y verduras, destinados á los mercados de México. Las frágiles y estrechas *chahuapas* de los pescadores y floreras, hienden velozmente la superficie de las aguas, interrumpiendo el silencio de la soledad solamente el chasquido de los remos ó el acento de los cantos monótonos de aquellos que conducen tan débiles barquillas.

Cuando la temperatura de las aguas del lago es inferior á la del aire que con ellas está en contacto, de una manera súbita desaparecen aquellas barquillas de la superficie del agua, y se ven inversamente flotando en el aire, navegando al impulso de los remos, en un revuelto mar de nubes.

Los fuertes vientos que soplan en esta época del año, y muy particularmente en las tardes, despejan la atmósfera destruyendo la calina, y preparan los hermosos días de estío. Las montañas dibujan sus contornos y presentan los detalles de su relieve con mayor claridad. Las nubes (*cúmulus*) en forma de caprichosas montañas de nieve, asoman sobre la cresta de la cordillera oriental, y sucesivamente van creciendo hasta que adquieren proporciones colosales. Esas preciosas nubes, cuya forma redonda se atribuye al exceso de electricidad acumulada en ellas, hacen palidecer con su extremada blancura y brillo las nevadas cumbres del Popocatepetl é Iztaccihuatl, y flotando continuamente en la atmósfera, se unen con otras, extendiéndose sobre toda la superficie del Valle, y ocultando á éste por completo su cielo puro y hermoso. Conviértense entonces en *nimbus*, que son las nubes tempestuosas, sin forma determinada, cenicientas, y

cuyos bordes se tiñen débilmente de gris y de un indeciso color morado.

Con frecuencia las corrientes opuestas del aire forman esas columnas de vapor, que pendiendo de las nubes y animadas de un movimiento giratorio, se ven atravesar con rapidez por el Valle, amenazando destruir con su irresistible poder todo cuanto encuentran á su paso.

El pavor y el deseo de la observación lucha en el ánimo, cuando esas trombas se ven suspendidas sobre las majestuosas torres de la Catedral, desafiando á éstas en poder y fortaleza, y cuando se les ve recorrer toda la ciudad en actitud cada vez más amenazadora, tan pronto devolviendo al ánimo la confianza con su contracción, como acobardándolo más con su acrecimiento; circunstancias que tan distintamente se advierten cual si aquellas masas flotantes de vapor y agua estuviesen movidas por invisibles resortes. Si alguna vez ese terrible meteoro toca la superficie de la tierra, arranca los árboles de raíz, destruye los edificios y abre profundas grietas en las montañas.

Desde mediados hasta el fin del estío, las lluvias son abundantes y copiosas en el Valle, y generalmente las tardes tormentosas, formando contraste con las mañanas, en que se goza de los vivificantes rayos del sol y de una atmósfera tranquila.

Muchas veces, á pesar de hallarse despejado el cielo de las campiñas, los *nimbus* que se forman á lo lejos y el viento impetuoso, presagian una tempestad próxima y deshecha. El huracán forma en la superficie de la tierra nubes de polvo, que se arrastran y arremolinan velozmente; las aves, con sus alas extendidas, surcan espantadas el aire, tan pronto volando horizontalmente como inclinándose hacia la tierra, contra la cual parece van á estrellarse; dirígense apresuradamente los rebaños al aprisco; los trigales que cubren los campos adquieren ese movimiento ondulatorio por medio del cual producen alternativamente sus dorados reflejos, y los árboles y arbustos crujen, resistiendo el fuerte empuje de los vientos que hacen inclinar las ramas y follaje, cual si trataran de arrancarlas de sus troncos.

En el transcurso de algunos minutos, el cielo se cubre de nubes amarillentas en las cuales se proyectan las aves que circularmente revolotean. Los nubarrones que cruzan con velocidad vertiginosa la atmósfera, como si tratase cada una de ellas de adquirir mayor rapidez, se juntan y se separan alternativamente, produciendo con su choque y rozamiento las fuertes descargas eléctricas, cuyos retumbantes ecos repercuten en progresión decreciente las mismas nubes y las montañas. El espacio se ilumina por intervalos con esa luz deslumbradora que produce la chispa eléctrica. Un ruido, prolongado á veces, é intermitente otras, es la señal precursora de la lluvia de granizo, meteoro de los más interesantes y cuya teoría descansa aún en hipótesis. El agua cae á torrentes, inundándolo todo y haciendo desbordar los ríos con fuertes é impetuosas corrientes que van á aumentar el caudal de los lagos; y por último, el agua de éstos se agita, formando oleajes amenazadores para las frágiles embarcaciones que en ellos navegan, y remedando, en pequeño, las desastrosas tormentas del mar.

Cual nubes de verano pasan pronto, y cesa la tormenta. El cielo vuelve á su antigua serenidad y pureza, y los campos, con sus pastos, sus plantas y arboledas, ostentan ese verdor brillante y fresco que les comunica la humedad. A lo lejos algunas nubes se resuelven en menuda lluvia, la que, herida por los rayos del sol, ya próximo al ocaso, forma el bello meteoro luminoso del arcoiris, cuyas extremidades se apoyan algunas veces en las elevadas crestas de la Sierra Nevada.

Tales son los espectáculos que la época del estío nos ofrece en el Valle de México.

*

El tiempo de aguas, volviendo á la atmósfera su diafanidad y frescura, y al cielo su transparencia, prepara las encantadoras tardes del otoño.

La lucidez de la atmósfera que refleja unas veces, los rayos

azules del espectro solar, imprime al cielo ese bello color que va disminuyendo de intensidad del cenit al horizonte, hasta terminar en un tono más tenue y apacible; y otras, reflejando los rayos amarillos y rojos, produce variadas y encendidas tintas sobre el horizonte.

Muy importante es el espectáculo que ofrecen las regiones orientales del Valle á la caída del sol. En esos momentos, como si el astro transmitiera á las cumbres de las elevadas montañas el intenso fuego que lo enciende, transforma la nítida blancura de la nieve en los vivos cambiantes del ópalo y de la concha nácar. Sobre el horizonte, el cielo adquiere el encendido color de las auroras boreales; y todo aquel brillante y deslumbrador colorido es tan bello, que sólo un hábil artista sería capaz de producirlo.

La sucesión de eminencias que gradualmente se elevan por el Sur hasta terminar en el majestuoso Ajuşco; las alturas de las Cruces y Monte Alto por el Occidente, y la sierra de Guadalupe especialmente, á causa de su menor distancia, surgen con todos sus detalles; y reflejándose en la tierra, en las rocas y en su vegetación la luz del sol, sus declives aparecen como regados de piedras preciosas, ofreciendo en su conjunto los variados colores y matices de un mosaico.

De los meteoros luminosos que son tan frecuentes en los días de otoño, ninguno es tan notable como el que ofrece la coloración de las nubes al declinar las tardes, y el aspecto general del cielo.

El azul de éste, de una transparencia extraordinaria, se ve surcado por unas ráfagas luminosas que convergen en un punto del horizonte, y que extendiéndose como radios de un círculo, se hacen más perceptibles por el hermoso azul que les sirve de fondo.

Las nubecillas que se conocen con el nombre de *cirrus*, y que á causa de su *menor* densidad, son las que flotan en la atmósfera á mayor altura, se presentan, unas veces, agrupadas como vellón cardado; otras extendidas en bandas paralelas ó en forma de pe-

nachos, dejando libres espacios que dan curso á los hacecillos luminosos del sol; y otras, en fin, ocupan una gran parte del cielo ó todo él, en cuyo caso se dice que éste se halla *aborregado*.

Heridas estas nubes por los rayos del sol, adquieren sucesivamente los más variados tintes. El color rosado desaparece para dar lugar á otro purpurino que, desvaneciéndose, termina presentando los matices del violado. Al brillante color del oro sucede el naranjado, y á éste, por último, el amarillo cromo: transformaciones todas que se efectúan á medida que el sol va acercándose al ocaso.

Estos efectos singulares, causados por las inflexiones de la luz, son aún más notables en las nubes de la especie *cúmulus*, que además de presentar las formas más caprichosas, ofrecen los mismos cambiantes de vivos colores, y una orla luminosa de extremada blancura en sus contornos.

*

La diafanidad del cielo presagia la entrada de la rigurosa estación invernal, con sus frecuentes heladas, su luna refulgente y sus estrellas rutilantes.

El benigno clima que por lo general se disfruta en México, hace más sensible el cambio de estación, y muy particularmente la entrada del invierno. Hiela con demasiada frecuencia, y por las mañanas la escarcha, como un frágil cristal, cubre la superficie del agua.

¡Cuán bellas y embriagadoras son las noches de luna, durante el invierno, en el pintoresco Valle de México!

Bañadas por la refulgente luz de aquel astro las heladas cúspides del Popocatepetl é Iztaccihuatl, que se proyectan en un fondo azulado, causan un efecto mágico; pero nada es comparable con el que ofrece el encantador aspecto del cielo por la sucesiva aparición de las estrellas y su uniforme y oblicuo movimiento.

El soberano de los asterismos, el precioso Orión, precedido del

bello astro Aldebarán, de la constelación de Tauro, se presenta con sus numerosas y brillantes estrellas, entre las que lucen con mayor intensidad Betelguese, Rigel y los Tres Reyes Magos, ó sea el Cinturón.

Con los más vivos destellos aparece en seguida la gentil y más cintiladora estrella del firmamento, el refulgente *Sirio*, astro principal del Can mayor. Su luz clara y brillante, examinada con atención, presenta en su parte inferior la apariencia de un fuego abrasador, y en la superior, azulados destellos.

Apenas levantado *Sirio* sobre el horizonte, brota hacia el Sur de éste Canopus, lucero no menos bello, estrella principal de la nave Argos.

De la misma manera van apareciendo sucesivamente los demás astros que contemplamos en nuestras regiones. Cástor y Pólux, primeras estrellas de la constelación zodiacal Géminis; Régulus, el Corazón de León; la Osa mayor, que se ve recorrer majestuosamente su camino en torno del polo boreal; la Espiga de la Virgen; el bellissimo Arturo en el Boyero; Antares en el Escorpión, y en fin, tantos y tan bellos astros que van esparciéndose como diamantes en la azulada bóveda del firmamento.

Precedida de unas estrellas y seguida de otras aparece la luna, transmitiéndonos los rayos del sol. En su movimiento ascensional sobre el horizonte, nos presenta análogas circunstancias á las que el astro soberano del día ofrece, y las cuales se han descrito al principio de este artículo.

Bañada por los rayos apacibles de la luna la superficie de la tierra, la perspectiva que ofrece la ciudad de México, observada desde un punto cualquiera de la parte occidental del Valle, es extremadamente bella. Levántase en primer término la ciudad con su extensa línea de edificios, sus variadas y numerosas cúpulas y torres, entre las que descuellan erguidas las de su famosa Catedral. Proyectándose éstas en un claro horizonte, dejan entrever la luz de la luna por los espacios que resultan de sus detalles arquitectónicos, semejando primorosas labores de la más delicada filigrana.

Extendidos sobre la verde alfombra de los prados y con su linfa plateada, se presentan en segundo término los lagos de Texcoco y Chalco; y en el tercero y último se levantan dominantes el Telapón, el Tlaloc, el Iztaccihuatl y Popocatepetl, ostentando los dos últimos sus relucientes y nevadas diademas.

Cuando flotan en la atmósfera los vapores condensados en estado vesicular ó en heladas partículas, ó bien nubecillas ligeras interponiéndose entre la luna, los rayos luminosos reflejados por ésta se modifican, ofreciéndonos entonces el hermosísimo meteoro que se conoce con el nombre de *coronas*. Un gran círculo de colores, entre los que domina el rojo, se dibuja en el cielo, sirviéndole de centro el hermoso satélite de la tierra.

Los fenómenos meteorológicos que se suceden en el Valle de México, la topografía y extensión de éste, su rica naturaleza y la estructura de su suelo, sobre todo, proporcionan basta materia para escribir volúmenes enteros. En este artículo, unos cuantos rasgos descriptivos demuestran la importancia de esta bella localidad de la República, y cuán digna es de investigaciones y de un constante estudio.

ANTONIO GARCÍA CUBAS.
